

# Danos hoy nuestra teología cotidiana

Carlos Monsiváis

*Recorrido por la historia de la teología, este texto de Carlos Monsiváis explora las formas en que la religión católica ha impregnado nuestra cultura merced a un poderoso arsenal de imágenes, fábulas y dogmas. Pleno de argumentos, nunca exentos de ironía, Monsiváis continúa la impostergable defensa del laicismo en nuestro país.*

## LA TEOLOGÍA SEGÚN LOS USUARIOS

La teología de la vida cotidiana: las visiones y las divulgaciones de la religión que cada creyente adopta. Además de la *Biblia*, escasa y dificultosamente leída en los países de habla hispana, es *La Divina Comedia* de Dante Alighieri, el libro que establece “el mapa de la geografía del Más Allá”, con ejemplos de premios (escasos) y de castigos (una legión). Luego, se difunde la legión de Catecismos, el más famoso y más vilipendiado de los cuales es el del padre Ripalda. Ya en el siglo XIX la fuerza de Dante se acrecienta gracias a los maravillosos grabados del francés Gustavo Doré. Mediante la *Comedia* y Doré se diseminan las convicciones sobre la diafanidad del Paraíso, la eterna agonía del tedio en el Purgatorio, y

el deambular entre las llamas de los nuevos círculos del infierno. “Abandona toda esperanza, tú que entras”.

De la lectura de imágenes y de la contundencia de las repeticiones, desprende en lo básico la religión católica su dominio del espíritu o, si se quiere, su sojuzgamiento de los reflejos condicionados de los creyentes. Así lo veían: atadas a los peñascos de la infamia, convencidas de lo justo de su castigo, las almas en pena se vuelven amonestaciones que el creyente toma muy en cuenta. A lo largo del tiempo en que la religión es parte indelible de la vida diaria, las imágenes devocionales son la primera teología, la que exige escenificaciones y nutre el ímpetu de la oratoria sagrada. El creyente o la creyente, que han memorizado las imágenes, tiembla ante el peso del pecado que todo lo invade, que traspasa las resisten-



Pedro Gualdi, *Villa de Guadalupe*, México, 1840

cias débiles o fuertes, que se adueña de los secretos de la conciencia. En la interiorización de la teología popular es fundamental la noción del pecado, la plaga de la que casi nadie se exime, la pesadilla que se legitima en el confesionario y atraviesa el anhelo de la vida en estado de pureza.

La sociedad latinoamericana: teológicamente analfabeta por así decirlo, atendida a la fe entrañable y la reiteración mecánica de unos cuantos dogmas, se a b s t i e n e de leer la *Biblia* por las prohibiciones (el miedo a las consecuencias sociales y religiosas de la interpretación libre), por las limitaciones de su analfabetismo total o funcional (las más de las veces) y por la complejidad o, más exactamente, por lo incomprensible de los sermones evangelizadores. A la sociedad novohispana la guía la falta de alternativas y las presiones de la censura. En la Nueva España, a partir de 1558, las imprentas y las librerías se someten a la revisión severa de arzobispos y obispos en busca de erasmistas. Un editor de 1572 recuerda la prohibición de introducir en la Nueva España libros contrarios a la religión católica, y las instrucciones a los funcionarios del Santo Oficio para que revisen bien las naves llegadas a Veracruz. Deben interrogar a los viajeros, abrir las cajas, baúles y cajones sospechosos “porque el estilo originario de los herejes es poner escondidos los libros e n t r e ropas y mercaderes y embarcándoles en navíos que vienen a estas costas”. Esto, para no mencionar las quemadas de herejes. (Jean Pierre Bastian, *Protestantismo y sociedad en México*).

\*\*\*

La “privatización de la teología” queda a cargo de los especialistas. ¿Cuántos están al tanto de lo que quiere decir “ataraxia”, el ideal supremo de felicidad que alcanza el alma después de calibrarse por la moderación en los placeres del cuerpo y el espíritu? ¿Cuántos entienden el latín mientras dura como lenguaje de las misas? ¿Cuántos saben de la dulzura y la hiperdulzura, las formas de culto por encima de todo? ¿Cuántos lograrían definir el monofisismo, la doctrina según la cual todos los seres humanos provienen del matrimonio de Adán y Eva? Pero la teología muy especializada nada puede contra un grabado de Doré.

En el siglo XVIII surge un concepto cuyos efectos —si bien ya en forma debilitada— se extienden hasta hoy: el *tolerantismo*, que en 1773 hace explícita la condena “de la Iglesia y el Evangelio” a la tolerancia, inadmisibles en la Nueva España, por ajena a la sociedad formada en la fe única. Todavía en 1857, en el debate sobre libertad de creencias, con vistas a la Constitución de la República, sólo un diputado defiende la tolerancia, porque la verdadera fe no admite competencia.

\*\*\*

Los conquistadores y los eclesiásticos exigen la adhesión absoluta y el aborrecimiento del libre albedrío. Que se exalten los dogmas (en su memorización puntual), y ya

se entenderán las Escrituras, si eso le interesa a alguien. De la teología, en el fondo, sólo se espera la reproducción de consignas. Porque, ¿qué consecuencias extraen las masas de indígenas y mestizos novohispanos de las palabras de Santo Tomás: “La fe nos entrega un pregusto de aquel conocimiento que en el futuro nos hará bienaventurados, un comienzo de la visión beatífica”? Por supuesto, entre misas en latín y abstracciones incomprensibles incluso para sus autores, todos ellos doctores en teología, no se intenta siquiera descifrar lo que sólo admite la obediencia incondicional. De allí la importancia de la Virgen de Guadalupe o de cualquiera de las vírgenes de la región latinoamericana, porque introducen en la teología popular el valor de los sentimientos. No sólo son vírgenes nativas sino son oportunidades para la plegaria directa y el llanto, dos complementos teológicos.

A esto se opone la “privatización” de la teología en los siglos XVIII y XIX. Véase un libro de 1880 editado en México, el *Compendio de Catecismos de perseverancia o exposición histórica, dogmática, moral, litúrgica, apologética, filosófica y social de la religión desde el principio del mundo hasta nuestros días*. El autor monseñor J. Gaume, Pronotario Apostólico, sabe todo con detalle, incluidos los propósitos de Nuestro Señor:

- P: ¿Cuál es la más excelente de las oraciones participantes?  
 R: El Padrenuestro, u oración dominical, porque su autor es el mismísimo Jesucristo, y encierra todo lo que debemos pedir.  
 P: ¿Por qué la hizo tan corta Nuestro Señor?  
 R: Para que podamos aprenderla fácilmente y rezarla con frecuencia.

Si es que entendí, desde el principio de la humanidad, el hombre debió adelantarse en palabra y acto al Redentor para que éste, al aceptarlo como uno de sus precursores, lo salve. Teología perfecta a la que sólo le falta hablar y explicaciones deslumbrantes como la siguiente:

- P: La misa del domingo, ¿de qué ceremonia va precedida?  
 R: De la bendición del agua bendita y de la aspersión.  
 P: ¿Por qué pone el sacerdote sal en el agua bendita?  
 R: Para indicar que el agua bendita impide el que nuestras almas se corrompan por el pecado.  
 P: ¿Cuáles son los efectos del agua bendita?  
 R: Primero, lanzar a los demonios; segundo, curar a los enfermos; tercero, atraernos el auxilio de Dios, y cuarto, borrar los pecados veniales.

La teología que se difunde es, por así decirlo, pintoresca, la fe del carbonero en una kermés perpetua y alejada de la *Biblia*. Si un axioma es “Sin Iglesia no hay *Biblia*”, también puede decirse “Sin *Biblia* no hay Iglesia”, porque, como pasa en México, el desconocimiento casi total de lo

bíblico sujeta la verificación del pensamiento cristiano a las ocurrencias fideístas, que abominan de cualquier forma de la razón. Vuélvase al catecismo de Gaume:

- P: ¿Por qué emplea el latín la Iglesia en sus oficios?  
 R: Para conseguir la unidad de la fe, pues como las lenguas vivas cambian constantemente, se introducirían en breve alteraciones en la liturgia y en las fórmulas de los Sacramentos.  
 P: ¿Y por qué más?  
 R: Para conservar el catolicismo de la fe, para que en parte alguna seamos extranjeros los unos a los otros, y finalmente para hacer más respetables nuestros misterios.

El latín, el idioma que prestigia los secretos. *Ego te absolvo*, oh tú curiosidad, pecado mortal que intenta hacerse pasar por venial. La teología que circula se ciñe a los dogmas que exigen reverencia y que de allí extraen las formas del entendimiento, es decir, de circulación incesante de las vidas de los santos y reiteración de dogmas y rezos: “Por la señal de la Santa Cruz...”. Así, en fechas recientes, el teólogo Betz explica (digo, es un decir) una consecuencia del Concilio de Trento o del Concilio Latiranense:

Transustanciación quiere decir que unas sustancias terrenas son convertidas de forma instantánea en una sustancia superior previamente existente. Lo que el Concilio quiere expresar con estas palabras es el hecho de la mutación óptica.

Que muy pocos discurran sobre teología para que los demás acaten su saber más allá de las palabras. En la práctica, los misioneros explican los dogmas a través de las narraciones. En lo fundamental, la teología viene a ser una antología de anécdotas hagiográficas, algo que en los siglos siguientes se extiende en la explosión demográfica de las apariciones. Y podría verse esta etapa como la resistencia múltiple a pensar teológicamente. Como lo explica Norma Durán en su ensayo “La construcción de la subjetividad en las hagiografías y toma el caso de Sebastián de Aparicio” (en *Camino a la santidad. Siglos XVI a XX*, Condumex, 2003).

El discurso cristiano contiene “el misterio” y esto no está contenido solamente en el nivel literario, por eso la Verdad no puede ser expresada en argumentos lógicos, sino por medio de “pruebas” que pueden ser signos, símbolos religiosos, imágenes o milagros. La retórica que elaboró el cristianismo se fundamentó en el misterio, la profecía, la parábola (siguiendo al judaísmo). Dios mismo se había dado a conocer por estas vías del lenguaje figurativo (parábolas y metáforas); por eso el misterio era la garantía o el signo de la verdad real se subsume a lo imaginario,

entendiendo como imaginario las formas “míticas” y literarias con que se expresan los acontecimientos reales.

La teología popular, término muy favorecido por la izquierda religiosa, era hasta hace poco una colección de relatos del asombro, mezclada con ventas de reliquias, exhibición de los rosarios del turismo religioso bendecidos por el Papa, o incluso empuñados con propósitos milagrosos ante la televisión en cualquiera de las visitas papales. Lo otro, la teología para deleite exclusivo de los teólogos, por lo menos de unos cuantos, pasa inadvertida, no hay libros de teología que aporten ideas y visiones filosóficas, no hay diálogo con la comunidad de los creyentes. Véanse los libros más leídos de un largo periodo: *El Catecismo* del padre Jerónimo de Ripalda, *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, hasta llegar a la *Historia de la Iglesia* del padre Bravo Ugarte, y el enjambre de opúsculos, en especial los folletos todavía hoy repartidos por la Jerarquía católica, que corresponden a la colección E.V.C. (El Verdadero Católico), escrita en su totalidad por Pedro Vázquez Cisneros, con el seudónimo de Pedro Sembrador. Estos opúsculos son a su modo apasionantes: *A mi hija en edad de contraer matrimonio* (“Mil veces muerta antes que casada con un divorciado; diez mil veces muerta antes que casada con un masón”) o *Las mentiras del protestantismo*, que repite la frase de Bossuet: “Varías, luego mientes”.

#### “RELATOS DE ULTRATUMBA”

La investigadora del INAH María Concepción Lugo Olgún ha publicado un libro sobre prácticas devocionales a las que el tiempo volvió amenas y elocuentes a pesar suyo. En *Relatos de ultratumba. Antología de ejemplos del purgatorio*, Lugo Olgún selecciona casos sobre medios de salvación para los fieles vivos, la infracción a la norma, medios para luchar por la salvación de los otros o ánimas del purgatorio, los sufragios, gratitud de las almas, el más allá y sus moradores, el purgatorio: pruebas de su existencia...

Lugo Olgún explica: “Con el propósito de reforzar la ortodoxia cristiana, sobre todo cuando los enemigos de la fe ponían en peligro la hegemonía eclesial, la Iglesia, desde los primeros años de la época medieval hasta bien entrado el siglo XIX e incluso parte del XX, ha utilizado diversos medios para restablecer su poderío. Se cuentan entre éstos numerosos y sencillos relatos de corta extensión a los que se les dio el nombre de *exempla* o *exemplum*, relatos sobre los modelos de virtud que se proponían como un ejemplo a seguir”.

A continuación, algunos aleccionamientos del muy interesante *Relatos de ultratumba*.

#### EL ROSARIO QUE ACTUÓ POR SU CUENTA

El padre Nuremberg acostumbraba a rezar todos los días un rosario enriquecido con indulgencias, las cuales ofrecía por las ánimas en la forma en que enseñó después en un precioso tratado que hizo imprimir para instrucción de los fieles.

Perdió este rosario, no sin grande dolor suyo por el perjuicio que en esto sufrían los fieles difuntos. Para indemnizarlos, procuraba pedir prestado a alguno que tuviese las mismas indulgencias y, una vez rezado, lo restituía.

Una noche, al hacer examen de conciencia, se acordó de que no había rezado su rosario porque, muy ocupado durante el día, ni había tenido tiempo para ello, ni se le ocurrió procurarse el rosario para hacerlo en tiempo oportuno y, lo que era peor, que ni aun en aquella hora podía verificarlo por no parecerle prudente incomodar al amigo que se lo prestaba.

Afligido, pues, se dirigió humildemente a las ánimas, suplicando le perdonasen aquella falta y ofreciéndoles otros sufragios, con la buena voluntad de rezar su rosario, si lo tuviera.

Así oraba cuando sintió cierto ruido en el techo de su celda y, volviendo la vista hacia aquella parte, vio caer su rosario del techo al suelo. ¿Quién puede traerlo sino las ánimas, tan interesadas en que volviese a poder de su dueño?

Muy alegre entonces, no sólo por el hallazgo de su rosario, sino muy principalmente por la manera en que volvía a adquirirle, se puso a rezarle, rebozando de santo gozo, ya que semejante amabilidad era una prueba bien clara de ser aquella devoción tan provechosa a las ánimas como agradable a la majestad de Dios.

#### DEL DRAGÓN QUE SE DISFRAZÓ DE REY DE FRANCIA

Carlos Martelo, rey de Francia, después de usurpar las cosas de la Iglesia, murió. Siéndole revelado a San Eucherio cómo se había condenado, abrieron su sepulcro y salió de allí un dragón muy horrible y espantoso, y no hallaron al rey en el sepulcro. Después se apareció y estaba todo quemado y abrasado.

#### DEL DIFUNTO QUE INFORMABA DE SU ESTADO JUDICIAL

Un letrado de París murió con fama de gran santidad, por lo que en su entierro se juntó toda la ciudad. Cuando estaban haciendo los oficios al primer nocturno se levantó encima de las andas y dijo, con una voz espantable y temerosa: Al juicio voy. Y volvióse a caer.

Fue lo sucedido causa de grande espanto y confusión para los circunstantes, por lo cual cesó el oficio de aquel día.



Primitivo Miranda, *Semana Santa en Cuauhtitlán*, 1858

El siguiente, diciendo el segundo nocturno, se volvió a levantar y con voz espantosa dijo: En juicio estoy. Y cesó el oficio, con grande admiración de todos.

Prosiguiendo el tercer día, y cantando el tercer nocturno, con voz más llena de espanto y confusión, dijo: Condenado soy.

Viendo el miserable suceso del difunto, le echaron de la iglesia y no le dieron sepultura.

#### DEL RELIGIOSO QUE CONFÍO DEMASIADO EN SUS VIRTUDES

Cuentan las crónicas franciscanas que en un convento de la orden había un religioso de tan santas costumbres que parecía su vida más de ángel que de hombre, y después de muerto dijéronle los frailes las misas que tenían de obligación.

Uno, que era lector en el convento, no las dijo, creyendo que no las había menester. Apareciósele el alma del difunto y díjole cómo estaba en el purgatorio, que dijese por él las tres misas que tenía orden de decir por los difuntos y que con ellas saldría del purgatorio. Excusóse el lector diciendo que no las había dicho por pensar que no tendría necesidad de ellas, a lo que el difunto respondió: Ninguno piensa cuán estrecho es el juicio de Dios y cuán rigurosamente se castigan los pecados.

#### DEL DIFUNTO QUE NO SABÍA EXPLICARSE

Cierto religioso que en vida era tenido en buena reputación, después de su muerte se apareció a un amigo suyo, y entre otras cosas, le dijo: Yo soy diputado a las penas del purgatorio hasta el día del juicio y las padeceré infatigablemente si no fuese socorrido con sufragios y oraciones.

Preguntándole el amigo la causa, respondió:

Todos mis pecados confesé, pero porque los explicaba mal y cumplía las penitencias con mucha remisión y flojedad, soy condenado al purgatorio hasta el fin del mundo.

#### DE CÓMO DIOS DESVIÓ LOS RECURSOS ESPIRITUALES

En las crónicas de nuestra seráfica religión se lee de un religioso que en vida fue negligente y descuidado de hacer las oraciones y sufragios acostumbrados por los difuntos, el cual, después de su muerte, se apareció a otro religioso, amigo suyo, y le dijo cómo estaba en camino de salvación pero que padecía terribles penas y tormentos.

¿Pues cómo! Dijo el amigo, ¿las misas y oficios que por ti hicimos no te aprovecharon?

El difunto respondió que no, porque todos los sufragios que se hicieron por él cuando murió los aplicó nuestro Señor a otras almas y no a la suya, en castigo del descuido que había tenido de rezar lo que tenía obligación



Anónimo, *Exvoto a san Camilo Lelis*, siglos XIX-XX

por los otros frailes difuntos, más que de allí en adelante las oraciones que hiciesen por él los demás religiosos le aprovecharían. Dicho esto desapareció.

#### DEL OLVIDO QUE LLEVÓ AL PURGATORIO

En cierto convento había un religioso que tenía la devoción de alabar a la Virgen. Al subir las escaleras del claustro bajo al alto, la saludaba diciendo: Ave María.

Un día, entendiendo que le quería el prior mandar una cosa que no era muy de su gusto, viéndole de lejos venir, por excusarse de la obediencia, subió muy aprisa sin decir aquella salutación en cada escalón como acostumbraba.

Murió el religioso poco después, y de allí a algún tiempo se le apareció en la misma escalera al prior que bajaba por ella y le dijo que venía a deshacer lo hecho y a volver a subir diciendo Ave María y encontrarlo allí, porque dejó de hacer aquella devoción huyendo de la obediencia. Hecha o deshecha su imperfección, desapareció.

#### EL MITIN DE LA GRATITUD

Un religioso de la orden seráfica, devotísimo de las almas, refiere que siempre que pasaba por el claustro o cemente-

rio donde estaban enterrados los muertos, hacía devota oración por ellos. Una noche, pasando por allí y haciendo lo mismo, se levantaron grande multitud de difuntos dándole las gracias por las oraciones que por ellos ofrecía al Señor; le hacían reverencias con profundas y devotas inclinaciones, con lo cual el siervo de Dios quedó más aficionado y devoto a las benditas almas.

\*\*\*

#### EL OLOR DE SANTIDAD

Las religiones cambian y a sus transformaciones se les suele llamar *tradición* (aquello que se respeta porque cada generación la modifica y porque todas veneran su improbable inmovilidad). Tómese el caso de los huesos santos. Si hoy esto parece ridículo debe recordarse, afirma Iván Illich, que así comenzó la cristiandad, celebrando el triunfo glorioso de la gente que aceptó voluntariamente el castigo final. “¡Llámenlo una locura! Esto es exactamente lo que era”.

Continúa Illich: en el siglo X se intensifica en toda Europa el comercio de reliquias y es probable que una tercera parte de los objetos de valor transportados a través de los Alpes consistiese en reliquias. Por supuesto, el valor estaba bien asegurado como se diría ahora, porque si alguien te robaba tus reliquias —por supuesto, nadie podría hacerlo— tú podrías acudir al cementerio más próximo y allí desenterrar algunos huesos y proclamar que en efecto éstos eran los huesos que se traían de las Catacumbas romanas.

Pero lo fundamental era que la gente olía literalmente la santidad de una reliquia, y *el olor de santidad* se percibía a tal punto a principios del siglo X, que cuando un obispo de Milán aseguró que él no lo sentía, la gente se preguntaba: “¿Por qué Dios lo castiga, o qué pecado cometió que no logra sentir el aroma de las reliquias?”. A fines del siglo X, un grupo especializado, que se convertiría en el Santo Oficio, identifica los huesos que pertenecían a determinados santos, por el método de perforarlos y manejarlos en nombre de la Santa Sede. A partir de ese momento ya no se percibió el olor a la santidad.

\*\*\*

En lo básico, formar a las personas en el espacio de las presiones es la pedagogía que viene del Concilio de Trento, de la Contrarreforma, y del manejo del Decálogo, las diez órdenes y prohibiciones más famosas y, por lo común, menos cumplidas de Occidente. El Decálogo se inicia en el capítulo 20 del libro del *Éxodo*, con la voz que anula el silencio de los abismos:

—No tendrás dioses ajenos delante de mí.

—No te harás imagen ni alguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni debajo de la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra.

—No te inclinarás a ellas ni las honrarás, porque soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visita la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos, los que me aborrecen.

—Y que hago misericordia en millares a los que me aman, y guardan mis mandamientos.

Esta comunidad del Dios de los ejércitos se interpreta en la cultura hispánica como la afirmación más incontrovertible del monoteísmo. Establecido el monopolio de los cielos y ya suprimida la competencia de los dioses paganos, se prescinde y se olvida del resto del primer mandamiento (“No te harás imagen ni alguna semejanza, etcétera”), lo que tal vez resulta una decisión encomiable porque de lo contrario no dispondríamos —entre otras maravillas— del arte medieval, el Renacimiento, la Capilla Sixtina, las vírgenes de Leonardo y Raphael, las representaciones infinitas del Calvario, el arte virreinal, la *Pietà*, las tarjetas postales con la representación de los Cristos de Dalí, muchísima de la poesía barroca, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, y las comparaciones entre el *Cristo de Mantegna* y la foto del Che Guevara, para no mencionar el filme de Mel Gibson sobre el Rabí de Galilea tratado como preso político de la Santa Inquisición. Habríamos perdido todo esto y muchísimo más, si se obedece el texto completo del primer mandamiento.

\*\*\*

Me concentro ahora en un clásico del catolicismo del siglo XIX, *El genio del cristianismo* de Chateaubriand. ¿Dónde radica su fuerza? El libro es una interminable parrafada lírica que nunca abandona la prosa poética, y quiere deslumbrar más que convencer. Se interroga Chateaubriand (p. 10):

No preguntemos a nuestro entendimiento, sino a nuestro corazón, pues somos débiles y culpables, cómo un Dios puede morir. Si este perfecto modelo del buen hijo; si este ejemplo de fiel amistad; si ese retiro al monte de los Olivos, ese cáliz amargo, ese sudor de sangre, esa mansedumbre de alma, esa sublimidad de espíritu, esa cruz, ese velo rasgado, ese peñasco hendido y esas tinieblas de la Naturaleza; si, por último, ese Dios que expira por los hombres no puede conmover nuestro corazón ni inflamar nuestros pensamientos, es de temer que nunca se hallan en nuestras obras, como en las del poeta, “brillantes milagros”, *speciosa miracula*.

El libro, estructuralmente, se constituye por el aluvión de fragmentaciones, derivadas de un género de gran moda en los siglos XVIII y XIX: la oratoria sagrada,



Padre Ripalda, *Catecismo de la doctrina cristiana*, 1852

la elocuencia desde el púlpito. Sin duda, los primeros, ávidos lectores de Chateaubriand son los sacerdotes, los novicios, los estudiantes de los seminarios, los obispos, los laicos felices al leer en la voz alta de su engolamiento espiritual. *El genio del cristianismo* es varias cosas, pero su gran atractivo es el advenimiento del espíritu romántico a la oratoria sagrada, que en la Nueva España y en la República apenas inaugurada no vivía ciertamente su época de oro. ¿En qué se concentraban los predicadores? Muy fundamentalmente:

—En la celebración litúrgica de Santa Catalina de Siena, la conversión de San Pablo, San Pedro, San Pedro de Alcántara, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, Santo Domingo de Guzmán, San José, San Felipe Neri, San Felipe de Jesús (el primer mártir de Japón), San Antonio de Padua, San Agustín, San Bartolomé, San Joaquín y Santa Ana, San Jerónimo, Santa Gertrudis, San Pedro Mártir (patrono de la Inquisición), San Francisco de Borja, San Elías, San Juan de Dios, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, Santa Rosa de Lima, Santa Teresa de Jesús, San Fernando, el Arcángel San Miguel.

—En las celebraciones de los misterios marianos (Inmaculada, Asunción, Visitación, Purificación), de algunas devociones marianas (el Santo Rosario, la Salve), o en torno a diversas advocaciones (Guadalupe, el Pilar,



José Vivar y Valderrama, *El bautismo de un noble indígena*, siglo XVII

Aránzazu, predicada a vascos, o Covadonga, predicada a los asturianos).

—En las celebraciones en menos número, de la Trinidad, la fiesta del Eterno Padre, la Humanidad del Señor, la devoción al Corazón de Jesús, la muerte de Cristo en la Cruz y la adoración a la Eucaristía.

—En los sermones políticos, es decir, en el homenaje a los reyes, en especial los Borbones. Hay por ejemplo numerosos sermones sobre el nacimiento de Luis I o la entronización y el fallecimiento de Carlos III.

—En el hilar finísimo de la retórica y la teología conceptista (no sé cómo llamar a estos prodigios de la sutil eufantástica). Cito un ejemplo de fines del siglo XVII, el sermón del franciscano Juan de Castro que considera mayor milagro la Concepción Inmaculada de la Virgen que la de Cristo. He aquí su razonamiento:

Que Dios en la Concepción de Cristo hace una obra pura de materia pura, porque la carne de la Virgen es pura y en la Concepción de María hace una obra purísima de materia impura, porque la hizo de la carne de Santa Ana, que era impura; luego mayor milagro es la Concepción de la Virgen, que la Concepción de Cristo. Cristo la concibe por obra del Espíritu Santo. María por obra de varón, Cristo recibe carne de Madre Virgen, María de Madre no Virgen. Cristo es hijo natural de Dios, María es criatura y no es Dios. Mayor poder es hacer una criatura pura y purísima de madre no Virgen, de Padre concebido en culpa, por obra natural, que no hacer un hombre sin padre, purísima, y de Madre Virgen por obra de Dios, y sin obra de varón;

luego en cuanto a milagro, mayor obra es la Concepción purísima, que Encarnar Dios y sacramentarse Cristo.

Carmen José Alejos Grou, la investigadora, concluye:

Como se puede apreciar, el predicador es aquí deudor de las tesis agustinianas, según las cuales el pecado original se transmitía por la convulsión desatada por el apetito libidinoso en el acto matrimonial. El alma, pues, se contaminaría por su contacto con la materia impura, al ser infundida en el cuerpo. Así sea.

Tales peripecias teológicas, engendradoras del Sueño de los Justos con los Ojos Abiertos que, es de suponerse, resulta otra categoría de la misa, hallan en Chateaubriand un antídoto formidable, porque en primer lugar rescata el valor del entretenimiento. Escribe Chateaubriand:

Los modernos deben a la religión católica este arte de la palabra, que, si hubiese faltado a nuestra literatura, hubiese dado al genio antiguo una decidida superioridad sobre el nuestro. Éste es uno de los más brillantes triunfos de nuestro culto; y a pesar de todo cuanto se diga en elogio de Cicerón y Demóstenes, Masillon y Bossuet pueden sin temor competir con ellos.

Chateaubriand llama la atención sobre un genio teatral, aunque así no se presentara, sobre Bossuet y su oración fúnebre de Teresa de Austria.

¡Fiestas sagradas, fausto himeneo, velo nupcial, bendición, sacrificios; ojalá mezcle yo hoy vuestras ceremonias y vuestra suntuosidad con estas pompas fúnebres, y el colmo de las grandezas con el colmo de sus ruinas!

La teología se desplaza a favor del histrionismo. En su sermón de bienvenida a la eternidad de la princesa de Austria, Bossuet le da lecciones a los reyes por si se pensaban inmortales:

...¡Madama se muere, Madama ha muerto!... ¡Ved ahí, a pesar de su gran corazón, a esa princesita admirable y tan querida! ¡Vedla ahí, tal como la muerte nos la ha hecho!

Que tiemblen de dicha los catafalcos. No vendrá aquí la disquisición de un discípulo de Santo Tomás de Aquino a profundizar su letargo. Chateaubriand, en esa colección de sermones encendidos e incendiarios, *El genio del cristianismo*, no reconoce error alguno en la Iglesia cuya inmaculada perfección propaga, y adula a sus primeros lectores, los que habrán de agradecerle la posibilidad de una homilética distinta. Así, en su descripción un tanto idealizada del clero bajo, se lanza en ardores que debían oírse de pie, para hacerles justicia:

Se ha culpado a los curas de ciertas preocupaciones de Estado e ignorancia; pero la sencillez del corazón, la santidad de la vida, la pobreza evangélica y la caridad de Jesucristo les constituían en una de las clases más respetables de la nación. Viéronse muchos que, más que hombres, parecían espíritus benéficos bajados del cielo para bien de los desvalidos. ¿Cuántas veces se privaron del sustento para darlo a los necesitados, y se despojaron de sus vestidos para cubrir al desnudo? ¿Y habrá quien se atreva a denostar a estos hombres, por alguna severidad en su opinión? ¿Quién de nuestros soberbios filántropos querría que en el rigor del invierno se le despertase a media noche, para administrar los Sacramentos en lo más distante de los campos, al moribundo que expira sobre la paja? ¿Quién de nosotros querría tener sin cesar el corazón lacerado frente al espectáculo de una miseria que no puede socorrer, verse rodeado de una familia cuyas demacradas mejillas y hundidos ojos revelan el ardor del hambre y de todas las necesidades? ¿Nos sería grato acompañar a los curas de París, esos ángeles de humanidad, a la mansión del crimen y del dolor, para consolar el vicio bajo las formas más repugnantes, para derramar el bálsamo de la esperanza en un corazón desesperado? ¿Accederíamos a separarnos del mundo de los dichosos, para vivir eternamente entre los sufrimientos y no recibir a la hora de la muerte, por tantos beneficios, sino la gratitud del pobre y la calumnia del rico?

Chateaubriand es un ejemplo nítido de la prosa (y la oratoria) cuyo primer entusiasta es el escritor que es tam-

bién el orador. Y esa cualidad “de publicista infectado por su mercadotecnia” le ayuda a conquistar la devoción del aparato eclesiástico y las beatitudes contiguas. En el siglo XIX, entre el fragor de guerras y cambios, el manierismo teológico pierde adeptos a gran velocidad y, en un mundo de analfabetas y de analfabetas funcionales, el culto a la Palabra se extiende. Chateaubriand no es sólo hijo de Bossuet, también, y a su pesar, viene de la Revolución Francesa y su decisión de construir la Historia con discursos. Y en América Latina esto se propaga con celeridad. En 1820 o 1824 se traduce *El genio del cristianismo* pero su lectura masiva, o mejor, la gran influencia producida por su lectura entre los lectores posibles, se da en la segunda mitad del siglo XIX.

Si se quiere vislumbrar el deslumbramiento ante la retórica a fin de cuentas accesible de Chateaubriand, hágase el cotejo con un libro impreso en Nueva Granada en 1677, y muy determinante en México, *Arte de sermones para saber hacerlos y predicarlos*, de fray Martín de Velasco. Este buen fraile define el sermón como “un todo artificioso, que la Retórica cristiana dispone” y que busca “persuadir al Auditorio el amor a las virtudes, y aborrecimiento a los vicios; pena y gloria con brevedad de palabras”. Según Velasco, la confección de un sermón perfecto es un *arte* que consiste en tres cosas. La primera es definir la materia o narrar el asunto. La segunda, dividir la misma materia y asunto en puntos particulares. La tercera, confirmar los puntos con pruebas y argumentos artificiosos. Y aún añade tres cualidades para que el sermón sea cabal y perfecto: que esté fundado en una verdad, que sea lúcido el modo de exponerlo y que sea provechoso para quien lo oiga. Y en el caso de que no puedan hacerse compatibles estas dos cosas es preferible hacer el sermón “fundado, cuando no puede salir muy lúcido; que no, hacerlo lúcido sin que vaya bien fundado”.

A Chateaubriand no le interesa el razonamiento anterior. Lo suyo es el capítulo (la incitación al sermón) muy exhibicionista, porque lo que cuenta es la sensibilidad al servicio de las palabras, no la piedad cristiana, convencida de antemano y, por tanto, poco dispuesta a la emoción rápida. Y esto lo toman en cuenta sus lectores en especial los profesionales del llamado a la Grey, muy al tanto de la gran lección del virreinato, tal vez enunciable del siguiente modo: los españoles redescubren la Cruz a través de los sermones; los indios descubren los sermones a través de la cruz. Es decir, los símbolos llegan primero que los mensajes que los sustentan, pero en tratándose de hábitos antiguos los mensajes, a veces y en ocasiones, admiten el vislumbre de los símbolos. Todos se arrodillan al paso del Santo Viático, unos para hallar y otros para demostrar la fe.

El propósito explícito de *El genio del cristianismo* es detener la secularización, el mal del siglo para los tradicionalistas. Chateaubriand, en su argumentación es ana-

crónico, se atiene a las explicaciones eclesiásticas más burdas y se aterra ante el ateísmo. Sin demasiada coherencia pero convencido de su poder de persuasión (pocos libros se han escrito con tal confianza en sus resultados inmediatos), Chateaubriand generaliza el fenómeno que odia (la Revolución Francesa) y le atribuye influencia perdurable. Por eso, ante el coro de sarcasmos y negaciones al parecer instalado por siempre en su mente, él defiende lo que en México sería impensable imaginar. Por ejemplo:

—El celibato. Pasa sin disimulo sobre las pruebas de un milenio *sin* celibato (“Lo cierto es que el sínodo del segundo Concilio de Letrán en el año 1139, fija, sin ningún género de duda, el celibato del clero católico”). No importa. Ya entrado en gastos, dice lo que se le ocurre: “La virginidad era mirada como el estado más perfecto para un cristiano, desde los tiempos de San Pablo”. No toma en cuenta que San Pablo, enemigo profesional de la carne que es pecado, escribe en la *Primera Epístola a los Corintios*, capítulo 7:

1. Cuanto a las cosas que me escribisteis, bien es al hombre no tocar mujer.
2. Mas a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su mujer, y cada una tenga su marido...
8. Digo pues a los solteros y a las viudas, que bueno les es si se quedaran como yo.
9. Y si no tienen don de continencia, cásen; que mejor es casarse que quemarse.

Quién quita y sí, pero Chateaubriand se enfrenta a las reclamaciones del siglo, y se olvida del sagrado mandamiento (“Creced y multiplicaos”) y pondera más bien las aportaciones de los célibes a las naciones:

Por último, parece casi demostrado que en un gran Estado son necesarios algunos hombres que, separados del resto del mundo, e investidos de un carácter augusto, puedan trabajar en los progresos de las luces, en la perfección de la moral y en el alivio de los desgraciados, sin hijos, sin esposa y sin las preocupaciones propias del siglo. ¡Cuántos milagros no han operado desde estos tres puntos de vista en la sociedad, nuestros clérigos y religiosos! Déseles una familia, y esos estudios y esa caridad, que consagraban a su patria, los utilizarán en pro de sus parientes, y ¡felices si no convierten en vicios las virtudes!

Si algún personaje es afín al Chateaubriand de *El genio del cristianismo*, es el Tartufo de Molière, el coreógrafo de la hipocresía. Al tanto de la fuerza de lo que viene, ya experimentada con los jacobinos, y ganoso de vencer al Siglo (el Mundo) acude a los argumentos seculares, al sentir anticuadas o demolidas las tesis tradicionales. Por eso, centra su alegato en la eternidad de la moral. Si la moral precede a las sociedades, el impe-

rio de la Iglesia es incontestable y todo es inmanente. “Que no hay moral si no hay una vida ulterior”, es decir, no hay moral si no se acatan puntualmente las reglas de los que fiscalizan y reparten los beneficios de la vida eterna. Chateaubriand se lanza contra el elemento que juzga más nocivo de la secularización, las leyes, con su elogio implícito al materialismo:

La moral es la base de la sociedad, pero si en nosotros todo es materia, no hay realmente vicios ni virtudes, y, por consiguiente, no hay moral. Nuestras leyes, siempre *relativas y mudables*, no pueden servir de punto de apoyo a la moral, siempre *absoluta e invariable*es forzoso, por lo tanto, que tenga un origen en un mundo más estable que el nuestro y garantías más sólidas que unas recompensas precarias o unos castigos pasajeros. Algunos filósofos han creído que la religión había sido *inventada* para sostenerla, pero no conocieron que tomaban el efecto por la causa. La religión no se deriva de la moral, sino la moral de la religión, pues es cierto, como acabamos de decir, que la moral no puede tener su principio en el hombre *físico* o en la simple materia; y es igualmente cierto que cuando los hombres pierden la idea de Dios, se precipitan en todos los crímenes, a pesar de las leyes y de los verdugos.

La moral, entonces, es sólo asunto del espíritu.

“¿QUÉ TENGO YO QUE MI AMISTAD PROCURAS?”

La tradición, tan reverenciada como lo es o como lo puede ser, expresa siempre el cambio incesante. Una prueba: la distancia entre el origen y la forma actual de las grandes religiones, con todo y la diversificación de burocracias, rituales, sermones a modo de ponencias, encíclicas, y costumbres más bien recientes adjudicadas a “la luz de los tiempos”. Así por ejemplo, en el cristianismo de hoy es muy vigoroso el componente mediático, que en buena medida ha normado la respuesta sentimental y devocional a la muerte del papa Juan Pablo II. La sensación de pérdida de los creyentes es innegable, pero la repetición de imágenes y comentarios (esa “nueva versión” del rosario, aún más pertinaz y obsesiva) notifica el debilitamiento de la experiencia religiosa que iba de templo en templo y de peregrinación en peregrinación, y que ya, por razones de la masificación, y las megalópolis, necesita navegar por la Red o, con modestia de recursos, acudir al *zapping*. Si no se presenta ante el *home computer* o la pantalla chica, la experiencia de la fe se vuelve un tanto anacrónica.

\* \* \*

El futuro de la religión varía geográficamente. En 2025, de acuerdo con diversas estimativas, las comunidades cris-

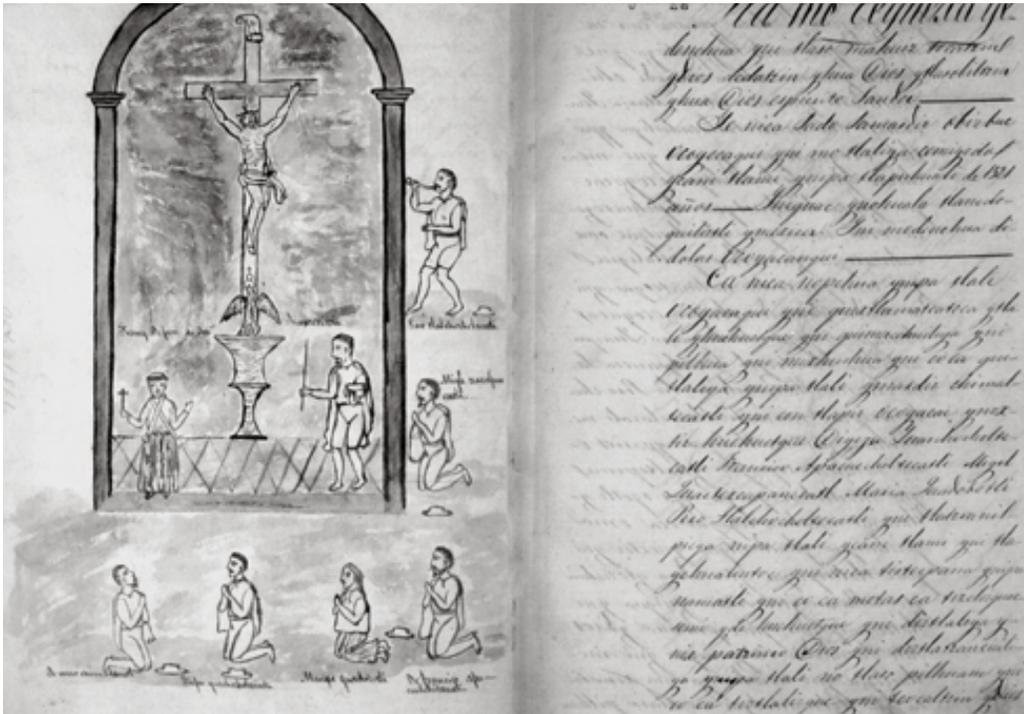


Imagen religiosa en expediente, Ocoyoacac, Estado de México

tianas más grandes se hallarán en Norteamérica, Brasil, México, Filipinas, Nigeria, Zaire y Etiopía (en ese orden). En este siglo, las masas serán la substancia de la realidad, y la demografía el criterio básico en el manejo del ritual.

Por motivos al parecer contradictorios, se marca el descenso de la asistencia a los templos y de las vocaciones religiosas, sobre todo en los casos donde la obligación del celibato o aleja de la Iglesia o lleva a la hipocresía y, con alguna frecuencia, a los juicios penales. Pero en la burocracia de las religiones —ocho millones de personas en el caso de la Iglesia católica, las “divisiones” del Papa que tan mal calculó Stalin—, la demografía y la política resultan fundamentales. Con nada más doce apóstoles un credo de nuestros días tendría escasas o nulas posibilidades de triunfar, porque ya la noción de *milagros* se disuelve en la de *efectos especiales*. (Lo milagroso de los milagros es que ocurrieron antes del auge tecnológico).

\*\*\*

Ahora la santidad se quiere entender de modo más amplio, ya que de ser los santos asunto exclusivo de la Iglesia católica, a ésta se le adjudica la titularidad formal del Más Allá (no que no se reclame). Por eso cunden los nuevos títulos: “santo laico”, “de vida ejemplar”. Y el olvido, que padecen la inmensa mayoría de santos y santas, de beatos y beatas, marca el fin de la hagiografía (el tratado de la santidad) que ya no es un deber primordial de los fieles, sino un lujo de la trivía de los sacerdotes memoriosos.

\*\*\*

No hay Mensajero de Dios insustituible, o las religiones no tendrían continuidad, pero hay representantes del Altísimo o de los Poderes Extraterrenos menos sustituibles que otros. Y si una figura auspicia el tipo de Iglesia cerrada o sometida en extremo, pone de relieve el papel de la autoridad por sobre las vivencias religiosas.

\*\*\*

Hasta ahora, las religiones reconocidas, si así se les quiere llamar, se oponen con gran disgusto a las minorías (a las que se expanden; a las que no avanzan se les ignora). A estas minorías Juan Pablo II las calificó de “manada de lobos rapaces”. Y se les dedica, y con acritud, el término *sectas*, algo inaceptable en materia religiosa por el prejuicio que exhibe, aunque, por ejemplo los Legionarios de Cristo y el Opus Dei se ajusten sociológicamente a la descripción. El mayor problema al hablar de *sectas* es el uso siempre despreciativo del término, que denota el menosprecio anterior a cualquier análisis y distribuye la certeza de conjuros y conjuras enderezados en contra de la verdadera religión.

\*\*\*

Se habla del descenso de la fe y se menciona la contabilidad de almas. ¿Cómo se evalúan estas alzas y bajas? Si



Catecismo de doctrina cristiana en jeroglífico para la enseñanza de los indios maçahuas de fray Pedro de Gante

se atiende a un fenómeno internacional, la conversión de la Semana Santa en *época vacacional*, entonces la fe disminuye, pero si se observa a las muchedumbres musulmanas o guadalupanas, la religión sigue a la alza. Y la efervescencia de religiones —cerca de tres mil cultos registrados en México— indica la persistencia del ánimo devocional. También, y entre miles de ejemplos, el fin o la agonía de la censura eclesiástica ratifica algo drástico: la tecnología evade todas las prohibiciones y la efervescencia religiosa se mueve siempre en ámbitos seculares.

\*\*\*

El clero en México. O más específicamente, la presencia del sacerdote en la vida política, social, económica, cultural de México. El cura en México lo ha sido todo en una etapa, casi todo en la siguiente y algo importante pero de significación ya sectorial desde hace medio siglo. Enlístense algunas de las funciones que cubre históricamente el cura: pastor de almas, representante a escala de la autoridad divina, gestor ante las otras autoridades de las necesidades de los fieles, intérprete autorizado de las potestades, censor, maestro, erudito en materia de historia y literatura, árbitro de las comunidades, intérprete autorizado de la voluntad divina en tiempos de crisis, enemigo de todo aquel César que no acate la voluntad de Dios definido por la Santa Madre Iglesia, movilizador de los creyentes en contra de los actos anticlericales del reino de este mundo, centro donde es tirano, financiero o comerciante, inevitable de las colectividades pequeñas,

líder revolucionario, dirigente contrarrevolucionario, profeta, al modo bíblico, explotador, ejemplo de la rectitud, “piedra de escándalo”, ejemplo de la disolución hipócrita de las costumbres, héroe de la resistencia popular (o antihéroe, depende de quién juzgue), místico, frívolo, político radical o concertador, o acomodaticio.

A lo largo de cerca de cinco siglos, el sacerdote católico encauza por senderos catequísticos a los conquistadores, destruye con furia la presencia de las civilizaciones que llama “paganas”, se compadece de los indios y de la inocencia de sus almas, ejemplifica la cultura humanista, hace gala de crueldad e intolerancia al implantar la obediencia al Rey y al Papa, cultiva el arte, encarna la represión, dirige al pueblo en su lucha por la independencia, condena con las severas penas del más acá y el más allá a los curas insurgentes y a los liberales y revolucionarios, tramita la Reforma liberal con sus lecturas de la Ilustración (Voltaire, el otro seminario), sirve a las causas de las invasiones extranjeras, defiende el ideario liberal, avasalla pueblos y pueblitos, distingue entre el cristianismo y la Iglesia, lucha contra los liberales, pacta con el dictador Porfirio Díaz, se opone a la Revolución, intenta su movilización de la derecha agraria y combate al lado de los campesinos cristeros, sostiene en la provincia a la cultura humanista y la erudición...

\*\*\*

Es inabarcable el catálogo de acciones y funciones del clero y de los curas. Es sector formativo por excelencia

que encauza por siglos el uso del idioma público, transmite y conforma la visión del mundo sólo quebrantada en fechas recientes, prueba los múltiples comportamientos ante el poder local, el poder nacional, la tolerancia, la comprensión y la incomprensión históricas. Un jesuita del siglo XVIII, consagrado al estudio y la producción intelectual, ¿qué tiene en común con un sacerdote de pueblo abandonado, dedicado a expiar, con su amante y madre de “hijos sin padres”, a clasificar los pecados de la carne, y a controlar la economía del pueblo?

Los arquetipos varían así la psicología social que los complementa con lentitud. A resultados de lo llamado por facilidades descriptivas “las paradojas de la Historia”, el clero católico, vencido en las guerras de la Reforma y ansioso de negociar tras la probada inutilidad de la Cristiandad, preserva grandes espacios de poder y esa magnífica inversión a corto, mediano y largo plazo que es la educación de la niñez de los privilegiados y de la perpetua “niñez espiritual” de las mujeres de los poderosos, se impone largo tiempo como factor de la censura social (de las lecturas edificantes en el siglo XIX, a las películas aptas para todo público en las décadas de 1940 y 1950).

\*\*\*

¿Quién produce ahora teología y cuál es su alcance social? En la mayoría de los casos la teología se vuelve la actividad burocrática que, como dirían los expertos de antaño, se puebla de escollos *disteológicos*, “que no sirven ni para la edificación, ni para el esclarecimiento de los santos”, a lo que se añade la notoria escasez de público para las doxologías enredadísimas. Y en este ámbito de crisis, ¿cuáles son las interpretaciones que cunden? Por lo común, las dispuestas por la inercia, y conste que no hablo ya de clásicos como el teólogo Kempis (1379-1471) y su *Imitación de Cristo*, cuya oscuridad oscurantista lleva al poeta Amado Nervo (a principios del siglo XX) a recomendarlo:

¡Ah, Kempis, Kempis, asceta yermo  
qué mal hiciste!  
Ha muchos años que estoy enfermo,  
ha muchos años que vivo triste,  
ha muchos años que busco el yermo  
y es por el libro que tú escribiste.

El panorama de la teología actual no es dramática en la medida en que los libros que movilizan las conciencias, antes que salvíficos, deben ser *best-sellers* y en que, luego de la Teología de la Liberación, no se distinguen libros o corrientes teológicas que afecten vidas y provoquen polémicas (*El código Da Vinci* no afecta vidas pero vaya que estimuló discusiones sobre la Primera Familia de la Cristiandad y su fundador).

\*\*\*

En un ensayo sobre los nuevos paradigmas en el estudio de la religión, Stephen Warner ha sugerido lo siguiente: para examinar lo nuevo, debemos situar nuestras creencias y verlas a la luz de la religión como “un logro”. Con esto indica lo evidente: en la modernidad tardía la religión no se ha desvanecido pero su naturaleza se ha modificado. No puede ya definirse únicamente en términos de atributos históricos, estructurales o doctrinarios. La religión —como institución— vive un declive o, por lo menos, padece tensiones considerables. Por eso, Warner pide ver a la religión como algo generado en la experiencia, la práctica y las aspiraciones de “vidas vividas”.

En el sentido devocional *jamás* he visto una imagen, y por eso mismo a los Cristos fílmicos les adjudiqué desde niño un contenido irreal, de una religión curiosa. ¿Cómo otorgarles un nivel representativo a los cristificados en pantalla, a por ejemplo, José Cibrián, Luis Alcoriza, H.B. Warner y Jeffrey Hunter? La costumbre fílmica anterior a *El Evangelio según San Mateo* de Pier Paolo Pasolini es mostrar un Cristo *kitsch*, de semblante arrobado más bien propio de quien nació en una estampita y de allí no se ha movido.

#### LOS MODELOS SACERDOTALES

¿Hay un arquetipo? El liberal Ignacio Manuel Altamirano describe uno: el sacerdote de *La Navidad en las montañas*, el idealista que estimula grandemente a la comunidad, y Leopoldo Alas *Clarín* crea a don Fermín de Paz, el canónigo que auspicia linchamientos en *La Regenta*. El paradigma represivo, don Fermín, se atormenta al ver los pies desnudos de Ana de Ozores, la Regenta. Y en la lucha entre arquetipos y estereotipos ganan los segundos, los curitas buenos, los lascivos, los bonachones, los pecaminosos, los sabios.

\*\*\*

La teología popular y los enemigos de Dios. En el siglo XIX el clero persigue las obras de Voltaire, Rousseau, Diderot, Eugenio Sue, Víctor Hugo, y esto forma parte de la guerra preventiva. “Ataquemos antes del envenenamiento de las conciencias, no le demos oportunidades de seducción al Maligno”.

\*\*\*

Es siempre difícil aproximarse al hecho pasmoso del profeta judío al que ya, por la fuerza de la costumbre, supongo que todos imaginamos naciendo puntualmente en el año uno de nuestra era. (A veces creo oír voces de en-

tonces: “¿Qué edad tiene aquí el hijo de José y María? ¿Cómo no sabes? Si va con el siglo, hombre”). En tanto símbolo, Cristo expresa amor ilimitado, sabiduría más allá de las edades, interioridad, ensimismamiento que nunca nos será dado comprender, misterio teológico, dolor, generosidad cósmica, reparación y esperanza. ¿Pero qué le dice vivencialmente a quien no ha cursado devotamente el camino de las imágenes y conoció a Cristo por la hermenéutica y no por la iconografía? Y aquí enumero citas de mi a-teología, de poetas cuyos vislumbra- mientos son, para citar a la *Biblia*, como “relámpago que sale de Oriente y se muestra a Occidente”. Evoco a dos poetas mexicanos. El primero, un cura de pueblo de principios del siglo XX, Alfredo R. Placencia, que escribe:

Así te ves, mejor, crucificado.  
Bien quisieras herir pero no puedes.  
Quien acertó a ponerte en ese estado  
no hizo cosa mejor, que así te quedes.

El segundo es el gran poeta Carlos Pellicer:

Haz que tenga piedad de ti, Dios mío.  
Huérfano de mi amor, callas y esperas.  
En cautas y andrajosas primaveras  
me viste arder, buscando un atavío.

\* \* \*

¿Cuál es la relación de la lógica con la vida cotidiana, es decir, cuál es la conversión de lo irracional en la razón de ser de la obediencia? La lectura acrítica de la ley de Moisés, ese favor o esa indiferencia ante lo que es ya, en efecto, un paisaje verbal de lo que uno, por lo común, no extrae conclusiones sobre la conducta, sino recuerdos de infancia a la hora de la Doctrina. El Decálogo suscita la memorización, no la puesta en escena, y su condición inapelable obliga al sarcasmo, la repetición solemne y la seguridad de que nada es para tanto. ¿Cómo dejar que durante dos mil siglos afecte tan a fondo un puñado de dictámenes válido para un pueblo de pastores requerido de la unidad política que un solo Dios concedería?

\* \* \*

¿Se estructura una sociedad a través de las prohibiciones? En *Moisés y la religión monoteísta* (1937-1939), Sigmund Freud enumera planteamientos básicos:

—Moisés era egipcio.

—El pueblo judío de Moisés era tan incapaz, como los egipcios de la dinastía XVIII, de soportar una religión tan espiritualizada que concentraba en la doctrina la satisfacción de sus anhelos. En ambos casos sucedió lo mismo:

los tutelados y oprimidos se levantaron y arrojaron de sí la carga de la religión que se les había impuesto.

—Las prohibiciones sagradas tienen un acento afectivo muy fuerte, pero en realidad carecen de fundamento racional.

—La religión mosaica (esencializada en los Diez Mandamientos) fue una religión de autoestima que: 1) permitió al pueblo participar de la grandeza que ostentaba su nueva representación de Dios; 2) afirmó que este pueblo sería el elegido de ese Dios excelso, que lo habría destinado a recibir las pruebas de su particular favor; 3) impuso al pueblo un progreso en la espiritualidad que, harto importante de por sí, le abrió además el camino hacia la valoración del trabajo intelectual y a nuevas renuncias instintuales.

—El pueblo (el judío primero y, más tarde, la cristiandad) halló su camino sembrado de afanes: las esperanzas puestas en el favor de Dios tardaban en realizarse y no era fácil aferrarse a la ilusión de ser el pueblo elegido de Dios (la unión de pueblos elegidos por la Cruz, agregó). Si no querían renunciar a tal felicidad, entonces la conciencia de culpa por la propia pecaminosidad ofrecía la explicación oportuna de la dureza de Dios. Al no observar sus mandamientos, nada mejor que ser castigados por Él; así se satisfacía el sentimiento de culpabilidad —un sentimiento insaciable, alimentado por fuentes muy profundas— que obligaba a darle a esos mandamientos una forma cada vez más estricta, más rigurosa y, también, más mezquina.

\* \* \*

Otra vez el problema surge de la vigencia o el anacronismo de la ley mosaica y se extiende a las atmósferas de la secularización en la etapa calificada por muchos obispos de “predominio del analfabetismo funcional”. ¿Hasta qué punto el Dios que se conoce es el de la *Biblia*, o es el Dios de las tradiciones, o es el Dios del recuerdo del peso de las tradiciones en el desenvolvimiento familiar? ¿Es la blasfemia la exhibición última de anacronismo? “Si se injuria a Dios es porque se le piensa por allí merodeando”, sería una premisa.

Dos mandamientos parecen irrefutables: “Honra a tu padre y a tu madre porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”, y “No matarás”. El primero tiene la desventaja del canje: a cambio del tributo filial se obtiene la longevidad, y, también, el mandamiento padece del oprobio de la indefinición. ¿Qué significa en culturas del más atroz patriarcado “honrar al padre”? ¿Someterse a él sin remedio? ¿Aceptar sus vejaciones y su creencia de los hijos como criaturas condenadas para siempre a padecer la condición subordinada? En la primera mitad del siglo XX mexicano prevalece una leyenda: “No le levantes la mano a tus padres porque se te seca”. La versión con-



Ilustración de la Crónica de Michoacán, 1792

temporánea del “Honrarás a tu padre y a tu madre” habría resultado hace tres generaciones una profanación.

\*\*\*

Un muestrario de los sacerdotes que abundan antes de la Revolución lo proporciona Agustín Yáñez en *Al filo del agua* (1947). Allí el ejemplo extremo del odio al mundo es el padre Islas:

El padre Islas no gusta que lo busquen allí; pero en casos muy apurados, cuando se le ha de dar un recado urgente del curato, cuando se le requiere para alguna confesión, las gentes tocan a la ventana de junto al zaguán, y sin que se abra, responde por dentro, se transmite el mensaje y se obtiene la respuesta... Asiste por lo regular a la pequeña sacristía de la capilla de las Hijas de María, que ha tomado por despacho. Semejante al señor cura; pero más radical, sólo va a las casas para administrar los sacramentos en circunstancias extremas y siempre que se trate de alguna hija de confesión. Jamás habla con una mujer a solas; en tratándose de cuestiones reservadas, o bien las remite al confesionario (y nunca confiesa mujeres si no hay luz de día) o bien sitúa un testigo a prudente distancia. Todo interlocutor—del sexo, edad o condición que sea—debe colocarse mesa de por medio para hablar con el escrupuloso ministro, quien durante las horas que permanece en su despacho casi nunca se halla solo.

¿Pero qué hace durante las horas en que se encierra dentro de su casa? Que reza, que medita, que se sumerge en éxtasis y en ello departe familiarmente con Dios y con los Santos, que se le aparecen con suplicaciones las Ánimas del Purgatorio.

\*\*\*

*Mira que te mira Dios, / mira que te está mirando; / Mira que te has de morir, / mira que no sabes cuándo...* al final de *Al filo del agua*, el padre Islas, encerrado en su manía de pureza, vinculado a sus pulsiones por la única vía de la represión interna, se enloquece: “prorrumpió en alaridos espantosos, casi entre convulsiones y fue imposible sujetarlo...”. Y el cura Reyes se extingue en la autocrítica al ver cómo la Historia o los malos tiempos destruyen su comunidad: “¡Miserable pastor que se ha dejado robar las ovejas! ¡Miserable pastor que ha dejado rodar las canicas y no ha podido enderezarles el camino!”. Y en *Pedro Páramo* (1955) el rezo del padre Rentería es igualmente autocrítico y autocompasivo:

Todo esto que sucede es por mi culpa —se dijo—. El temor de ofender a quienes me sostienen. Porque ésta es la verdad; ellos me dan mi mantenimiento. De los pobres no consigo nada; las oraciones no llenan el estómago. Así ha sido hasta ahora. Y éstas son las consecuencias. Mi culpa. He traicionado a aquéllos que me quieren y que me han dado su fe y me buscan para que yo interceda por ellos para con Dios. ¿Pero qué han logrado con su fe? ¿La ganancia del cielo? ¿O la purificación de sus almas? Y para qué purifican su alma, si en el último momento...

#### DE LAS VARIEDADES DE LA CONVERSIÓN

Desde la década de 1920 los conversos al protestantismo vienen de la ausencia de teología, o de la defensa de dogmas santificadores de la ignorancia, ni siquiera provie-

nen del *Credo quia absurdum tomista*. Creo porque es absurdo, porque la perspectiva lógica nunca se toma en cuenta a favor de los votos de gratitud: “Creo porque creyeron mis padres. / Creo porque eso me concede la identidad religiosa que es mi seguro contra la incertidumbre”. Los protestantes leen la *Biblia* en la versión admirable de Casiodoro de Reyna y Cipriano de Valera, memorizan versículos y le dan carácter de apólogos o de relatos de enseñanza profunda a lo que pasaba como anecdótico, pero no se especializan en la teología porque lo urgente es consolidar la fe a través de la Palabra y su reverberación en la memoria, y a través de la experiencia emocional, y esto no sólo en el caso de los pentecostales. Ser protestante es asumir la disidencia y vivir el rechazo, y esto sólo se capta a fondo desde el manejo de las emociones. Y la experiencia personal que consolidan los fragmentos bíblicos hace las voces del tratado de teología. Además hay que tomar en cuenta los niveles diversos de información cultural, y las dificultades de una “teología para las masas”.

Aún hoy, en el medio del protestantismo evangélico, no se comprueba con rapidez lo afirmado por el escritor ultracatólico francés Charles Péguy: “Toda religión comienza en la mística y termina en la política”. En el caso del protestantismo, la mística pierde fuerza en un sector, la política no gana el espacio porque los creyentes, socialmente, son las exclusiones. Si se quiere se burocratiza la fe en varios movimientos protestantes, pero no se politiza, a menos que por ese término se entiendan tácticas de la indefensión.

La teología, dice Tomás de Aquino, es una forma de plegaria. Si ésta es así, el acto mismo de la conversión, la raíz del protestantismo evangélico en México, es la cima de su educación teológica, porque toda conversión se envuelve en el diálogo con la Otredad, en la búsqueda de nuevos significados, en el nombrar de nuevo el mundo, a partir de un desconocimiento de la persona que se ha sido. Convertirse es vivir otra cultura donde las vivencias sustituyen a los rituales. (Luego, éstos suelen ocupar su territorio antiguo, y al decir esto, no rechazo las interpretaciones de William James sobre la conversión en *Las variedades de la experiencia religiosa*, me limito a señalar que al proceso espiritual no lo agotan las indagaciones sobre su origen).

#### LA FAMILIARIDAD CON DIOS

En el siglo xx, si bien se mantiene la distancia muy respetuosa con Cristo y con la Virgen, empieza una familiaridad con Dios a fin de cuentas muy comprensible, que tiene que ver con la necesidad de una teología al gusto del creyente o del ateo cristiano. Así por ejemplo, en su gran libro *Los heraldos negros* (1918), el peruano César Vallejo apostrofa y, a la vez, intima con la noción que incluye al Ser Supremo y a la entidad teológica cercana:

Dios mío, estoy llorando al ser que vivo;  
me pesa haber tomádotte tu pan;  
pero este pobre barro pensativo  
no es costra fermentada en tu costado:  
¡tú no tienes Marías que se van!

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,  
hoy supieras ser Dios;  
pero tú, que estuviste siempre bien,  
no sientes nada de tu creación.  
Y el hombre sí te sufre: ¡el Dios es él!

José Revueltas, en su extraordinario libro de cuentos *Dios en la tierra* (1944), presenta al Dios terrible del Antiguo Testamento convertido en un ente vengativo, dispuesto al aplastamiento de un hereje:

Era el odio de Dios, Dios mismo estaba ahí apretando en su puño la vida, agarrando la tierra entre sus dedos gruesos, entre sus descomunales dedos de enojo y rabia. Hasta un descreído no puede dejar de pensar en Dios...

Podría invertirse el versículo bíblico: “Si Dios contra nosotros, ¿quién con nosotros?”. De nuevo, el Dios de la Santa Inquisición, de todas las persecuciones religiosas, del combate contra el impío y su descendencia:

...Todas las puertas cerradas en nombre de Dios. Dios de los ejércitos; Dios de los dientes apretados; Dios fuerte y temible, hostil y sordo, de piedra ardiendo, de sangre helada.

Otro Señor del universo o de las formas para llamar a lo trascendente es el invocado por Jaime Sabines en “Me encanta Dios”, el último poema que publica:

Me encanta Dios. Es un viejo magnífico que no se toma en serio. A él le gusta jugar y juega. Y a veces se le pasa la mano y nos rompe una pierna y nos aplasta definitivamente. Pero esto sucede porque es un poco cegatón y bastante torpe de las manos...

Dios siempre está de buen humor. Por eso es el preferido de mis padres, el escogido de mis hijos, el más cercano de mis hermanos, la mujer más amada, el perrito y la pulga, la piedra más antigua, el pétalo más tierno, el aroma más dulce, la noche insondable, el borboteo de luz, el manantial que soy.

A mí me gusta, a mí me encanta Dios.

Que Dios bendiga a Dios.

El Dios de Vallejo, Revueltas y Sabines es también, y desde luego, teología popular. **[1]**